Daniel Lauria

Palabra e imagen en el contexto escolar

“Ni la lectura es el bien ni la imagen es el mal” (Umberto Eco)

“La televisión ha hecho maravillas por mi cultura. En cuanto alguien la enciende,

me voy a la biblioteca y leo un buen libro” (Groucho Marx)

[*] Existe una fuerte percepción entre los actores involucrados directamente en la actividad educativa y en los beneficiarios indirectos de la misma (empresarios en primer lugar), que los saberes transmitidos por la institución escolar no responden a las demandas sociales de la época.

Al margen de la contradicción establecida a partir del contenido de lo que se enseña en la escuela y las necesidades que aparecen en la vida cotidiana, en estos momentos vemos que existe un serio problema de comunicación entre docentes y alumnos formados básicamente en lenguajes diferentes.

La canonización de la palabra, especialmente en su forma escrita a partir de la utilización de los textos con criterio de autoridad, ha llevado a muchos colegas docentes a una práctica reduccionista: el conocimiento se encuentra centrado básicamente en el texto. Consecuentemente, toda otra forma de acercamiento al saber es cuestionada o directamente negada. Sin embargo, actualmente nuestros alumnos consumen imágenes, mucho antes de aprender a leer o escribir.

Al modelo unidireccional de acercamiento al saber encarnado en la docencia tradicional, la palabra impresa (el texto) le es absolutamente funcional debido al fomento de la actividad pasiva por parte del alumno. Resulta obvio que ningún docente puede dudar del valor del texto como herramienta pedagógica. Sin embargo parece cuestionable que sea presentado como el único instrumento válido para generar acciones de conocimiento.

Actualmente el conocimiento transita por caminos sumamente diversos y con una profunda fragmentación. Esto llevó a que desde variados sectores se escucharan fuertes cuestionamientos hacia las instituciones

y las personas que históricamente se encargaron de su custodia y transmisión. El acelerado recorrido hacia la desvalorización en el reconocimiento social de la educación y los educadores que se registra en nuestros días, probablemente se explique, entre otras razones, en la ruptura del monopolio del conocimiento representado por la escuela. La consideración social de la escuela como institución básica encargada de transmitir cultura y saberes, probablemente tienda a agravarse en la medida en que los docentes se refugien en un discurso tradicional que niegue toda posibilidad de ampliación de los márgenes por donde circula la autoridad del conocimiento. Cada día llegan nuevos alumnos a la escuela con saberes provenientes de un entorno fuertemente enraizado en lo comunicacional, lo cual provoca un desfase de los saberes-lectivos impartidos en las aulas con relación a los saberes-mosaico que circulan en los límites exteriores de la escuela. La realidad marca que hoy resulta sumamente complicado identificar con claridad los lugares y los tiempos donde se produce el fenómeno de transmisión y aprendizaje del saber. Esta des-localización/des-temporalización incomoda aún más a la escuela.

Parecería ser que llegó el momento impostergable de descentrar el libro de texto en las prácticas escolares y simultáneamente recurrir a otros lenguajes en donde se encuentran interesantes saberes. Según las palabras de Jesús Martín-Barbero en “Des-centramiento del libro y estallido de la lectura”, “Descentramiento significa que el saber se sale de los libros y de la escuela. El saber se sale ante todo del que ha sido su eje durante los últimos cinco siglos: el libro.” [1]

En el modelo de enseñanza-aprendizaje tradicional, el texto (la palabra) funciona no solamente como ordenador y jerarquizador de los saberes sino que se constituye en el elemento central, ya que las secuencias didácticas suelen estar atadas a la lógica lineal de la escritura. Si efectivamente estamos convencidos que existen circuitos diferenciados y fragmentados por donde corre el saber, resulta contradictorio y objetable que en la escuela la actividad pedagógica la sustentemos exclusivamente en la autoridad del libro. La fragmentación de los saberes que se manifiestan por distintos caminos provoca fenómenos de “[...] hibridaciones no sólo de diferentes tipos de saber sino de distintas

racionalidades y lenguajes.” (Martín-Barbero).[2]

En el estado actual de la cultura y del desarrollo tecnológico, recurrir a otros recursos y lenguajes resulta imprescindible para sostener un adecuado proceso de enseñanza-aprendizaje. La radio, la televisión, la informática, los teléfonos celulares, el multimedia, los audiovisuales y el cine son herramientas que se deben tener en cuenta dentro de una cultura de la comunicación que se hace cada vez más compleja e interesante.

Sin embargo debemos admitir que no resulta tan simple incorporar el lenguaje audiovisual a la tarea educativa ya que, en términos generales, aún se conoce poco sobre el impacto cognitivo que posee el lenguaje de las imágenes en movimiento. ¿Acaso conocemos las posibilidades, significación y funcionamiento del lenguaje audiovisual de la misma forma que conocemos las posibilidades, significación y funcionamiento del lenguaje de las palabras escritas? Si bien hay una gran cantidad de estudios en marcha, todavía no disponemos de investigaciones que con absoluta certeza nos permitan conocer y aplicar el lenguaje de las imágenes en términos cognitivos y pedagógicos.

Actualmente la referencia a la expresión lenguaje audiovisual parece contener significados muy distintos en muchos casos. Son muchos los escritos que consideran que la clave para comprender el mensaje audiovisual, radica en que el significado del mensaje está dado por la interacción entre imagen y sonido dentro de un contexto secuencial, identificando así el lenguaje audiovisual con lo verbo-icónico. Todos los elementos sonoros (música, ruidos, silencios) son parte constitutiva del mensaje junto con las imágenes. Es decir que la percepción del mensaje se produce en forma simultánea por dos canales: el visual y el auditivo.

Existe otra línea de interpretación que describe la composición audiovisual planteando que la lógica de presentación no es lineal, ni secuencial, ni hipotético-deductivo, ni causal. Así lo audiovisual se presenta como un mosaico en donde el orden se percibe al final del proceso.

Otros autores consideran que el lenguaje de los medios audiovisuales está vinculado a los sistemas de codificación. En términos pedagógicos, aunque las posibilidades del lenguaje audiovisual no se encuentren totalmente exploradas, algunos autores plantean que las imágenes en movimiento poseen un amplio potencial de acercamiento al conocimiento ya que en ellas se registran elementos de información, comparación, análisis y síntesis.

Por su parte otros investigadores plantean que el uso del lenguaje audiovisual resulta muy positivo para generar emociones en los receptores, con lo cual el mensaje transmitido resulta de carácter fuertemente afectivo. Simultáneamente parecería ser muy baja su capacidad de transmitir pensamientos abstractos y/o conceptos, es decir que el lenguaje audiovisual permitiría sentir, más que comprender. Todo lo contrario sucede con el lenguaje verbal.

Ante la complejidad de la relación establecida entre la palabra y la imagen y las diversas corrientes que la explican y la sitúan en la escuela como campo de divergencia, resulta pertinente plantearnos una serie de interrogantes que en el estado actual de la cuestión parecen de complicada respuesta.

¿Nos encontraremos acaso ante el comienzo del fin de la palabra como forma básica de comunicación y consiguientemente estaremos entrando en una civilización de la imagen?

¿Será, tal como plantean algunos, realmente la imagen, liberadora y más democrática que la palabra como instrumento cultural, tomando en cuenta que su acceso es más simple?

¿Estaremos regresando a una situación de dominio del instinto y lo sensorial representada en la imagen, por sobre lo racional de la verbalización?

Si la imagen está socialmente instalada y aparece enfrentada a la palabra

¿qué rol le corresponde jugar a la escuela en esta nueva realidad?

Con las limitaciones del caso y lo provisorio que puede ser intentar alguna respuesta, partimos de algunos supuestos necesarios.

En la situación actual -revolución tecnológica mediante- si bien los significados pueden ser vehiculizados por signos no verbales (la imagen

por ejemplo), es la palabra la que le otorga sentido y contenido a la comunicación. Por lo tanto es complejo pensar hoy en una civilización donde la imagen se constituya en el elemento cultural dominante. Roland Barthes en "Retórica de la imagen" dice que "Actualmente, a nivel de las comunicaciones de masas, parece evidente que el mensaje lingüístico esté presente en todas las imágenes: como título, como leyenda, como artículo de prensa, como diálogo de película. Vemos entonces que no es muy apropiado hablar de una civilización de la imagen: somos todavía, y más que nunca, una civilización de la escritura, porque la escritura y la palabra son siempre términos completos de la estructura informacional." [3]

La palabra se encuentra presente en todas las etapas del aprendizaje y por supuesto también en la construcción del sentido de la imagen. En este sentido no hay ninguna duda que la palabra se convierte también en un medio para superar el sentido de la imagen, para pasar de la información elemental al análisis de la intención.

Sin embargo, también resulta cierto que además de servir como ilustración o como ayuda a la palabra, la imagen se presenta como un auténtico y específico sistema cultural que presupone una serie de convenciones ya cristalizadas, en el seno de las cuales es posible descifrar el sentido de los códigos utilizados intencionalmente.

Con respecto a las preguntas sobre el carácter democrático de la imagen en contraposición al supuesto elitismo de la palabra y el predominio de lo sensorial sobre lo racional, parecería que -a pesar de algunos signos que así lo indicarían especialmente entre los jóvenes y niños- hoy no tenemos los suficientes elementos para considerar que eso efectivamente esté ocurriendo.

En el ámbito escolar, espacio en el cual se dirime fuertemente la controversia, resulta importante considerar que la validez y la eficacia de la enseñanza basada en el lenguaje de las imágenes no debe compararse con la validez y la eficacia de la enseñanza basada en el lenguaje verbal en cualquiera de sus formas. Por el contrario, ambas formas deben ser utilizadas de manera complementaria en función de que si bien la

primera se presenta como superior en lo que se refiere al aprendizaje de procesos dinámicos y a la transmisión de emociones, la palabra se torna insustituible cuando se trata de conceptualizaciones abstractas. Por otra parte no hay que olvidar que en el estado actual de desarrollo, el lenguaje de las imágenes en movimiento no está claramente definido en términos cognitivos.

En función de lo precedente, consideramos que la contradicción entre palabra e imagen no debería ser tal ya que mientras el lenguaje de las palabras trabaja con imágenes, el de las imágenes se estructura con palabras.

El uso del lenguaje de las imágenes en movimiento en las actividades de enseñanza debería ser alternativo y complementario del lenguaje de las palabras encarnado principalmente en el texto, para lo cual resulta imprescindible generar formas de articulación entre uno y otro, tarea que inevitablemente debe ser por lo menos atendida y en lo posible desarrollada por la escuela, ya que es en esta institución donde la palabra se presenta como forma casi única de comunicación, lo cual sin dudas colisiona con el aprendizaje basado en la imagen que incorporan nuestros alumnos desde su formación más temprana y cotidiana, sobre todo hoy donde la cultura es atravesada en toda su estructura y funcionamiento por una variedad tipológica de lenguajes como los audiovisuales, la informática y una red de dispositivos mass-mediáticos.

La interpretación de la imagen, principalmente debido a su carácter polisémico, se presenta difícil de controlar en comparación con el mensaje directo del texto. Este fenómeno provoca que muchos docentes formados en la pedagogía tradicional se resistan a incorporar el lenguaje de las imágenes como un camino distinto de acercamiento al conocimiento.

Es en este contexto donde la escuela se presenta ante los ojos de quienes se están formando en ella como el lugar donde no se atienden sus verdaderas demandas de aprendizaje, tanto desde las formas como desde el contenido. Por el contrario, los medios audiovisuales a partir

de la forma en que establecen la comunicación con los usuarios, se constituyen cada vez más aceleradamente en transmisores de valores y conocimientos.